

APUNTES PARA LA ACCIÓN DESTITUYENTE

FRAGMENTOS DEL LIBRO «AHORA»

~~DEL COMITÉ INVISIBLE~~

**DESTITUIR  
AL GOBIERNO  
ES VOLVERSE  
INGOBERNABLES**

En realidad, lo que necesitamos no son instituciones sino formas. Resulta que la vida, sea ésta biológica, singular o colectiva, es precisamente creación continua de formas. Basta con percibir las, aceptar dejarlas nacer, hacerles un lugar y acompañar sus metamorfosis. Una costumbre es una forma. Un pensamiento es una forma. Una amistad es una forma. Una obra es una forma. Un oficio es una forma. Todo lo que vive no son más que formas e interacción de formas. Pero a través de su nombre y de su lenguaje, lo que promete la institución es que una cosa, en este mundo vil, habría trascendido al tiempo, se habría sustraído al curso imprevisible del devenir, habría establecido un poco de eternidad palpable, un sentido unívoco, liberado de los vínculos humanos y de las situaciones: una estabilización de lo real definitiva como la muerte.

Es todo este espejismo el que se desvanece cuando estalla una revolución. Repentinamente, todo lo que parecía eterno se hunde en el tiempo como en un pozo sin fondo. Los palacios se vacían y uno descubre en los papeles del soberano dejados en desorden que él mismo ya no seguía creyendo en esto, si es que se lo había creído alguna vez. Pues tras la fachada de la institución lo que se trama es siempre algo distinto de lo que pretende ser, incluso precisamente aquello de lo que la institución pretendía haber librado al mundo: la humanísima comedia de la coexistencia de redes, fidelidades, clanes, intereses, linajes, dinastías incluso, una lógica de la lucha encarnizada por los territorios, los medios, los títulos miserables, la influencia de viejas amistades y odios recocidos.



Sólo una afirmación tiene la potencia para llevar a término la obra de la destrucción. El gesto destituyente es, pues, deserción y ataque, elaboración y saqueo, y esto *en un mismo gesto*. Desafía al mismo tiempo las lógicas admitidas de la alternativa y el activismo. Lo que aquí se juega es un anudamiento entre el tiempo largo de la construcción y el más entrecortado de la intervención, entre la disposición a gozar de nuestro pedazo de mundo y la disposición a ponerlo en juego. Con el gusto de arriesgar, se pierden las razones de vivir. La comodidad, que embota las percepciones, se alimenta de palabras a las que vacía de sentido y prefiere no saber nada, es su verdadero enemigo, su enemigo *interno*.

*No es cuestión aquí de un nuevo pacto social,*

sino de una nueva

composición estratégica de los mundos.

*El comunismo*

*es el movimiento real*

que **destituye el estado de cosas existente.**



Es evidente que los mundos que construimos no se mantienen al margen del capital más que por la complicidad en el acto de atacarlo y de conspirar contra él. Los ataques que no lleven en su seno otra idea vivida del mundo no tendrían alcance real, se agotarían en un activismo estéril. En la destrucción se construye la complicidad a partir de la cual se construye lo que da sentido a destruir. Y viceversa. Sólo desde un punto de vista destituyente se puede captar todo lo que tienen de increíblemente constructivo los destrozos. Sin esto, no se comprendería que un tramo entero de manifestación sindical pueda aplaudir y cantar cuando revientan una concesionaria de autos o cuando el mobiliario urbano queda hecho pedazos.

Toda la retórica anti-violentos del aparato gubernamental, tan afinada y tan eficaz en tiempos de paz, no deja de patinar sin convencer a nadie. Los destrozos se entienden, entre otras cosas, como un debate abierto y en público sobre la cuestión de la propiedad. Los destrozos son afirmación y apropiación. Manifiestan el carácter problemático del régimen de propiedad que ahora rige sobre cualquier cosa.

La supuesta fijeza de la institución enmascara un apetito glotón por absorber, controlar, institucionalizar todo lo que está en sus márgenes y contiene un poco de vacío. El verdadero modelo de toda institución es universalmente la Iglesia. Del mismo modo que la Iglesia no tiene como fin, manifiestamente, conducir al rebaño humano a la salvación divina, sino constituir su *propia salvación* en el tiempo -la de la Iglesia misma. La presunta función de una institución no es más que un *pretexto* para su existencia. No hace falta precisar cuánto hay que triturar almas y cuerpos para alcanzar tal resultado, e incluso dentro de su propia jerarquía. Uno no se convierte en jefe sin ser en el fondo el más triturado de todos, el rey de los machacados. Reducir la delincuencia, "defender la sociedad", no es más que el pretexto de la institución penitenciaria. Si después de todos sus siglos de existencia no ha logrado jamás, bien al contrario, y se mantiene a pesar de todo, es porque su objetivo es otro: continuar existiendo y crecer cuanto sea posible, y con este fin salvaguardar el vivero de la delincuencia y gestionar los ilegalismos. El objetivo de la institución médica no es cuidar de la salud de la gente, sino producir a los pacientes que justifiquen su existencia y una definición de la salud correspondiente. No es por el fracaso de las instituciones sanitarias por lo que hemos acabado viviendo en un mundo tóxico de un extremo a otro y que a todo el mundo enferma. El fracaso aparente de las instituciones es, muy a menudo, su función real. No es algo fortuito que la escuela arrebatase a los niños el gusto por aprender: es que los niños con gusto de aprender harían de ella algo casi inútil.



El ritual carnavalesco de los movimientos sociales funciona como una válvula de seguridad, como un instrumento tanto de gestión de lo social como de renovación de la institución. Le aportan la flexibilidad, la carne fresca, la sangre nueva de la que carece tan cruelmente. Con gran juicio, el Estado ha sabido cooptar, generación tras generación, a aquellos que se revelaban, dispuestos a dejarse comprar y a aplastar a aquellos que se la daban de irreductibles. No es casualidad que tantos antiguos cabecillas de movimientos estudiantiles hayan accedido de forma tan natural a cargos parlamentarios. Se trata de gente que no puede dejar de tener el sentido del Estado, es decir, el sentido de la institución como máscara.



La destitución permite volver a pensar lo que se entiende por revolución. El programa revolucionario tradicional consistía en tomar el mundo de nuevo en sus manos, en una expropiación de los expropiadores, en una apropiación violenta de lo que es nuestro, pero de lo cual se nos había privado. El problema ahora es que el capital se ha apoderado de cada detalle y de cada dimensión de la existencia. Ha creado un mundo a su imagen. De explotación de las formas de vida existentes, se ha transformado en universo total. Ha configurado, equipado y vuelto deseables las maneras de hablar, de pensar, de comer, de trabajar y de irse de vacaciones, de obedecer y de rebelarse que le convienen. De tal modo, ha reducido a muy poca cosa la parte de este mundo que uno querría reapropiarse. ¿Quién quiere reapropiarse de las centrales nucleares, la fila en la caja sin cajero del súper, las autopistas, agencias de publicidad, nanotecnología, milicos y las verduras envenenadas? ¿Quién contempla la reapropiación popular de las explotaciones agrícolas industriales en las que un solo hombre explota 400 hectáreas de tierras erosionadas al volante de su megatractor pilotado por satélite? Nadie sensato. Lo que complica la tarea de los revolucionarios es que el viejo gesto constituyente tampoco funciona ya en este caso.

En adelante, el gesto revolucionario ya no consiste en una simple apropiación violenta de este mundo, sino que se desdobra. Por un lado, están los mundos por hacer, las formas de vida que han de hacerse crecer a distancia de lo que reina, incluyendo aquí lo que pueda recuperarse del actual estado de cosas, y por otro, hay que atacar, hay que destruir sin más el mundo del capital.

Destituir no es en primer lugar atacar a la institución, sino a la necesidad que tenemos de ella. No es criticarla -los primeros críticos del Estado son sus propios funcionarios; en cuanto al militante, cuanto más critica al poder, más lo desea y más ignora su deseo-, sino asumir lo que se supone que la institución realiza, pero hacerlo fuera de ella. Destituir la universidad es establecer lejos de ella lugares de investigación, formación y pensamiento más vivos y más exigentes de lo que ella es. Destituir la justicia es aprender a arreglar nosotros mismos nuestros desacuerdos, ponerle método, paralizar su facultad de juzgar y expulsar a sus esbirros -pacos y gendarmes, pero también jueces, peritos y fiscales- de nuestras vidas. Destituir la medicina es saber lo que es bueno para nosotros y lo que nos enferma, arrancar a la institución los saberes apasionados que sobreviven ocultos en sus sombras y no volver a encontrarse nunca más solo ante la soberanía artística de un cirujano desdeñoso.



Destituir el gobierno es volverse ingobernables.


*¿Quién ha hablado de vencer?*

El gesto destituyente no se opone a la institución, no dirige contra ellas una lucha frontal; la neutraliza, la vacía de su sustancia, marca un paso de distancia y observa cómo expira. La reduce al conjunto incoherente de sus prácticas y destaca entre ellas. Ante la amenaza que representan la positividad de los vínculos que hacen posible a la asamblea y toda la determinación que de ella emana, el partido institucional se retira y renuncia a librar la batalla por conducirla.

Quebrar el círculo que hace de la contestación el alimento de lo que domina, marcar una ruptura en la fatalidad que condena a las revoluciones a reproducir lo que ellas desechan, romper la jaula de hierro de la contrarrevolución, tal es la vocación de la *destitución*. La noción de destitución es necesaria para liberar el imaginario revolucionario de todos los viejos fantasmas constituyentes que lo obstaculizan. La destitución es necesaria para hacer un corte en el seno de la lógica revolucionaria, para efectuar una división adentro mismo de la idea de insurrección. Pues hay insurrecciones constituyentes, esas que acaban como han acabado todas las revoluciones hasta el día de hoy: transformándose en su contrario, esas que se hacen “en nombre de...” el pueblo, Dios, la clase obrera. Pero hay insurrecciones destituyentes, como mayo del 68 ó el 77 italiano.

A pesar de todo lo bello, vivo e inesperado que hubo en los movimientos de ocupación de las plazas, lo que allí se puso espontáneamente en escena no fue otra cosa que la vieja dialéctica revolucionaria que pretende oponer a los “poderes constituidos” el “poder constituyente” del pueblo que invade -o recupera- el espacio público. La idea de una nueva constitución presenta la ventaja de satisfacer a la vez el deseo de cambiarlo todo y el deseo de que nada cambie. Mientras se debata sobre palabras, mientras la revolución se formule en el lenguaje del derecho y de la ley, los caminos de su neutralización estarán trazados y señalizados.





En latín, *destituere* significa: poner de pie aparte, erigir aisladamente; abandonar; apartar, dejar caer, suprimir; decepcionar, engañar. Mientras la lógica constituyente viene a estrellarse contra el aparato de poder del que pretende tomar el control, una potencia destituyente se preocupa más bien de escapar de él, de arrebatarle toda presa sobre ella a medida que le gana sobre el mundo que forma al margen. Su gesto propio es la *salida*, en tanto que el gesto constituyente es típicamente la toma por asalto. Conforme a una lógica destituyente, la lucha contra el Estado y el capital vale en primer lugar por la salida de la normalidad capitalista que en ella se vive, por la deserción de las relaciones de mierda con uno mismo, con los otros, y con el mundo que se experimenta.

Así pues, mientras los constituyentes se sitúan en una relación dialéctica de lucha con lo que domina para apoderarse de ello, la lógica destituyente obedece a la necesidad vital de *desprenderse de* eso mismo. No se ajusta a los movimientos del adversario, sino a aquello que requiere el incremento de su propia potencia. La cuestión no es luchar *por* el comunismo. Lo que importa es el comunismo que se vive *en La Lucha misma*. La verdadera fecundidad de una acción reside en el interior de sí misma. La potencia de impacto de una acción no reside en sus efectos, sino en lo que en ella se expresa inmediatamente. Lo que se edifica sobre la base del esfuerzo acaba siempre por hundirse a causa del agotamiento.